



## Nación, historia y creación\*

---

POR MANUEL ORESTES NIETO

Miembro de número de la Academia Panameña de la Lengua

---

Estimados

Doctor Aristides Royo, director de la Academia Panameña de la Lengua

D.<sup>a</sup> Margarita Vásquez, académica y directora sustituta de la Academia Panameña de la Lengua

Académicos presentes

Amigas y amigos:

Han pasado los siglos y las generaciones, los imperios y las riquezas trasegadas, los galeones y los inmensos portacontenedores, se construyó el ferrocarril, los puertos y se represaron lagos... pero los panameños seguimos buscando, arañando, en este lugar para saber, para entender. Para tener respuestas ¿Nada más hemos sido una babosidad, sólo un resbaloso estrecho? ¿Esto que llamamos Panamá qué es?

En el borde del mar hacemos nuestro hogar y en las arenas enterramos nuestros muertos. Hemos sido salitre y espuma. Podemos exhibir algo así como un elixir líquido: la maravilla ardiendo de la sangre plural de nuestras muchas sangres.

Somos madera de barcazas y piel de velámenes. Hemos trazado nuestra estela en el portento de dos inmensos mares,

---

\* Discurso de ingreso como miembro de número de la Academia Panameña de la Lengua, pronunciado el 25 de enero de 2023.

asombrosamente cercanos en la misma angostura de nuestra tierra. Naveguemos, pues, con dulzura y furia.

Entre nosotros, está nuestra historia siempre latiendo. Es un hilo de plata de valientes y tercios que han edificado con dolores la nación, entre el agua marina y los aguaceros interminables.

He aspirado a ser parte de una legión portadora del estandarte de la creación literaria de mi país. Un eslabón en la sucesión de escritores que han visto con iluminación esta tierra y le han cantado.

Escribir es, a la vez, un modesto y un soberbio oficio.

Por el misterio y el rito de la palabra estoy aquí, con un puñado de libros en las manos y un andar ya cincuentenario entre letras, intuiciones y deslumbramientos.

Leer a Elsie Alvarado de Ricord, Tristán Solarte, Tobías Díaz Blaitry, Rogelio Sinán, Ricardo Bermúdez, Joaquín Beleño, Rosa María Britton, Dora de Zárate fue una misa y un aprendizaje de décadas; ha sido, además, conmovedor encontrarme con sus estilos, inquietudes y expresiones individuales, en sus épocas, corrientes y una constante reiteración del ser nacional.

Quiero compartir ahora algunos momentos, trazos y criterios de la poesía que he podido hacer, inserta en esa creación mayor y colectiva de nuestras letras.

Estas palabras para ingresar a la mesa de la Academia y ocupar su silla L, las comparto con emoción y alegría. La misma silla que una vez ocuparon, por sus sobresalientes capacidades, Melchor Lasso de la Vega, Catalino Arrocha y Dimas Lidio Pitty.

Agradezco a los académicos numerarios que votaron en forma unánime por la postulación. Es una distinción que me honra y porque viene de quienes han hecho de la lengua y las letras una razón de ser admirable y vital.

Especialmente, el académico Dimas Lidio Pitty, que me anteciedera, fue portador de textos de diversos géneros que constituyen una obra integral, exigente, intelectualmente sólida e ingeniosa para desplazarse desde el riguroso ensayo hasta la voz infantil que elaboró con resplandor y lúcida luz.

Poeta y narrador que se aproximó al país y sus angustias con plena conciencia del alcance del oficio. Tengo la certeza de que su quehacer literario tiene un tamizaje hegemónico en sus ideas;

y que fueron sus convicciones ideológicas y políticas las que guiaron su ejercicio creador, como su vida misma.

Muchos estiman que su usual solemnidad revestía una forma de exigencia consigo mismo y con los demás. Propagaba y propugnaba por hacer una literatura comprometida con el país y su destino y, al mismo tiempo, marcar el sello de una *panameñidad* que, dentro de su rigor formal, es un dominante de su obra literaria multigenérica.

### Nación, historia, creación

Al organizar estas palabras pensaba que estaría ante colegas especialistas en la crítica, el ensayo, la enseñanza de nuestra lengua y nuestras letras, como la doctora Margarita Vásquez, Rafael Candanedo, Damaris Serrano, Erasto Espino, Aristides Martínez.

Vano sería para mí intentar ensayar como ellos lo saben hacer.

Por ello, también viene a bien recordar que el académico Modesto Tuñón, hace unas semanas, nos compartía que tenía la sensación de que estaba escribiendo una columna de autoreferencia sobre la publicación de sus dos últimos libros.

Algo similar creo voy a expresar ahora. También yo voy a hacer referencia a los libros, a la obra que he escrito porque me sirven de fundamento para el enfoque que intento hacer sobre la relación entre *poesía-historia* y que incluye tener siempre presente la emotividad intrínseca de la literatura y que se experimenta en el acto de escribir.

He podido sostener por más de 52 años una jornada poética en forma ininterrumpida.

Está ubicada entre los últimos 30 años del siglo XX y las dos décadas del siglo XXI. Mi primer poemario *Poemas al hombre de la calle* se escribe en 1968 y se edita en el año 1970 y *Altamar* es una reciente antología de dos tomos hasta el año 2020.

Este es un período de excepcionales acontecimientos históricos en el país. Ello incluye uno de sus hechos más trascendentes: se concreta la integración territorial a fines de ese siglo y también milenio. Con ello el estado nacional se completa

y es sólo desde ese día —el 31 de diciembre de 1999— que podemos afirmar que la República es independiente, autodeterminada, con jurisdicción y soberanía plena.

Lo paradójico es que, al nacer la República, la soberanía quedó bajo secuestro. Fue rota en su propio parto. Su restauración se convirtió en un anhelo en relación directa a la desgarradura física del territorio y también en una demanda espiritual de un pueblo que no respiró la libertad por 500 años consecutivos.

## Nación

Esta realidad de tanto peso en nuestra historia, cuando es sometida al tratamiento literario, podríamos identificarla como una estrecha relación entre **nación, historia y creación**.

El istmo de Panamá, sus acontecimientos, sus ciudades, el proceso formativo de la nación y la vida de la gente, es un océano de exploración literaria, que pude asumir como propio, como parte de mis procedencias e identidad.

Año tras año, poemario tras poemario, fueron como abrir un sendero hasta consolidar un epicentro, un núcleo, que es, precisamente, hacer creación poética sobre el ser nacional y su convulsa historia.

A mi entender, ese es uno de los grandes asuntos de nuestra literatura, en todos sus géneros, en donde se han logrado las más altas estaturas poéticas y narrativas.

Esa nación panameña fue por un largo tiempo sólo «un intento de ser» o «un acto de no perecer», una sobreviviente de formación confusa, precisamente porque el ritmo y los elementos que le van dando vida son el paso atolondrado, la fugacidad que ocurre en una geografía angosta, como si se hubiese hecho sólo para pasar entre los mares, utilitaria para las conquistas territoriales hacia Centroamérica y hacia el Sur; y para ser conexión de todo, puente, pero sin la certidumbre de un destino.

Estuvimos en la orilla viendo pasar, embarcar, mercadear, en rebelión y en sumisión, con destellos repetidos de dignidad y, lamentablemente, algunos como cipayos dóciles ante quienes nos oprimían.

La formación de un conglomerado humano en un lugar así, que adquiriera rostro y sentido de pertenencia, en un filamento de tránsito, resbaladizo, me parece que fue un esfuerzo colosal de aferrarse a raíces fecundas, sometidas a yugos, esclavitudes y menosprecios. Sin embargo, se gestó un modo y un ser, que creo tiene mucho de singularidad en América. Es muy probable que seamos la mezcla y el entramado humano y cultural de mayor densidad ocurrido en este continente, donde lo múltiple y lo diverso es un resultado y soporte de una identidad plural.

Ello se expresa con muy alta evidencia en la hibridez ética y cultural, en las fusiones de ánimos y reacciones, en los cantos y en las letras, como lo es en nuestra propia sangre.

También se diría que somos una nación con rostro de muchas naciones y que ese fenómeno sociocultural se produce en una concentración férrea de muy pocos habitantes, que están en un lugar preciso ubicado en la banda tropical del planeta.

Escudriñar, con los instrumentos del arte y la literatura, a esa «nación» cosida a sus bordes marinos y a una multiplicidad compleja con apariencias de simpleza, se convirtió para mí en una actividad febril e inagotable.

## Historia

Mi carrera universitaria —que se suponía destinada a ser profesor e investigador— fue la historia. Dicté clases como auxiliar de mi profesor de tesis y pronto me di cuenta de que quedaba exhausto y que todo ello era demasiado absorbente. A su vez, mi interés por la literatura lo superaba todo, incluye mis estudios de licenciatura. Estuve encerrado en el dilema de que no podía hacer ambas cosas. Pero fue un dilema imaginario, porque, al fin y al cabo, poesía e historia no sólo no se contradicen, sino que pueden actuar al mismo tiempo. Y eso es exactamente lo que creo que hice.

Como claves de esa tendencia consciente, están los títulos y los libros editados. Y está la satisfacción de haber podido ejercer un oficio que implica tallar palabras, como la orfebrería e ir conquistando ese elemento crucial que es la *estética*.

Es estar en las fronteras de una exigencia por pulir, alcanzar y atrapar lo atrayente. Tener una experiencia insustituible, cuando la palabra se vuelve dúctil como instrumento con el cual se modelan y se arman los textos con color, sonoridad, latir; inclusive, el desplegar del discurso ético que contiene la literatura.

Allí están esos poemarios, indicando la carga histórica que llevan dentro: *Reconstrucción de los hechos* (1972), *Diminuto país de gigantes crímenes* (1975), *Panamá en la memoria de los mares* (1984), *Este oscuro lugar del planeta* (1998), *El deslumbrante mar que nos hizo* (2013), *Borde de mar* (2020).

Todos son poemarios con una estructura dibujada de antemano, son planos de arquitectura, son piezas hechas de palabras que apuntan desde diversos ángulos al mismo lugar: al país y a sus habitantes, que en definitiva es a la patria que nos es común y nuestra, pese a todo.

Escribirle a la patria es de alguna manera edificar una literatura del sentimiento. Ello genera orgullo y gratitud, que también subyace en el cuerpo de cada poema.

Es también la poética de la memoria. En el caso de Panamá, es el registro de lo que vieron y vivieron nuestros ancestros, la marcha de una caravana humana y cuya historia está escrita en las espumas de los mares que nos circundan.

El mar es nuestro infalible testigo. El borde de los océanos es nuestro hogar. Los panameños somos el caracol y su laberinto sonoro. Panamá es una tierra dulce y de agua salada. Es nuestro alero.

*La interoceanidad* es digna de la épica y la epopeya; es un supra valor geográfico, donde acaecieron hechos de gran magnitud. Lo telúrico es la losa húmeda que sostiene nuestras vidas. No seríamos lo que somos si no fuese porque estamos sobre el istmo ultramarino, el ombligo, la cintura que además es un canal.

De los océanos están hechos nuestros pulmones y nuestras lágrimas. Y en la espuma del mar están zurcidos nuestros recuerdos y sumergidos nuestros olvidos.

## Creación

En lo que a la creación misma compete, quisiera decir lo siguiente: La poética, tan antigua como el papiro y el fuego de las cuevas prehistóricas, muy anterior a la política, plural y con decenas de formas hipnóticas, múltiples corrientes, en épocas sombrías o heroicas, es un privilegio.

La poesía no es a mi entender sólo una autocomplacencia existencial, es una inmersión en un «todos», en la colectividad, en nuestras vidas y en nuestros años convulsos. Por mucha subjetividad que exista en el acto poético, es un oficio como de relojería y concentración, que atraviesa por la respiración y la emoción vital del ser humano... y que expresa a la colectividad haciendo su historia.

En nuestro caso, el de un territorio delgado y fugaz donde vivimos y morimos.

Pero ocurrió el otro asunto: la ocupación de una parte de nuestra geografía y esa opresión con fuerza constituyó un estado de vasallaje. Quizás es esta particularidad de Panamá —sobre la cual algunas veces perdimos el asombro— la más tangible y vívida de toda Latinoamérica. Se nos impuso una frontera imperial física, de exclusión y con discriminación. Y con ella sus instituciones y apropiaciones, con puertos, agua, cárceles, leyes. Una cerca de alambre ciclón divisoria en la misma ciudad capital del país fue por su propio peso motivo de tensión, enfrentamiento, denuncia y rechazo, que también se plasma como una constante poética y narrativa.

La tierra partida en dos y ocupada está jerarquizada en el canto a la patria de nuestros escritores.

Una literatura forjada en estos términos y circunstancias requiere atención y muchas noches largas. No espera que un día, y quizás después otro, caiga una idea inspirativa del aire, que aparezca un asunto en forma casual, aleatoria. Reitero: es un oficio, una acción sostenida, constante, donde la improvisación no tiene cabida.

## Poesía bajo la colonia

No es un asunto menor. Tenemos una zona de literatura en Panamá que se ha construido en un tiempo muy especial, de ocupación, de amenaza militar, de intervenciones que produjeron lutos. Esta excepcionalidad histórica quiero subrayarla.

Nuestra nación se forja a contravía. Otro destino pudo cristalizar según la imposición y la fuerza de otros; pudimos ser incluso una nada al usarse tan intensamente el territorio por esos otros hasta que quedáramos barridos. Los otros que aquí vieron vientos favorables a sus intereses, de imperios, piratas y filibusteros.

Es, sin ninguna duda, una marcada posesión territorial, que viene de muy lejos. Son quinientos años consecutivos, hilvanados de acciones y decisiones que no nos eran propias sino impuestas. En línea recta, fueron los casi trescientos años del dominio colonial español, cerca de un siglo bajo la subordinación, con rasgos de abandono y desencuentros, de la época colombina y el siglo XX bajo la colonia de los Estados Unidos que se entronizó muy mal, al punto de concebirse como posible cercenar el territorio, con la cesión perpetua de la cintura del istmo.

El último tramo, más descarnado y sin maquillaje alguno, es el siglo XX. El más violento y en el que se excavó la tierra, se produjeron esenciales migraciones y nace subordinada una República trunca en su capacidad soberana.

Sitiados, siempre era la noche de otros y no la nuestra. El peso sobre la espalda de no ser país nos perseguía. Los límites del enclave eran el barrio, el Instituto Nacional, las calle J y K con sus cantinas y nichos de prostitución para las tropas de las bases militares. A menos de cien metros de la llamada 4 de julio —hoy Avenida de los Mártires— estaba el otro mundo, hecho encima de lo que nos quitaron.

Una torcedura donde fuimos los vejados; sus naves de guerra se estacionaban en las aguas panameñas de los dos océanos, sus aviones en el cielo y sus soldados en tierra hablando en inglés. Todo ello obedecía a una geopolítica mil veces más grande que el tamaño de nuestro país.



Creo que las páginas anticoloniales de mi poesía tienen el fundamento en los hechos de esa época precisa y con marcas vivenciales propias en la segunda mitad del siglo.

No es un ejercicio intelectual abstracto o de ficción. Fue sencillamente la vecindad y, solo mucho después, sería la comprensión histórica.

Un día de enero de 1964, por ejemplo, estaba al frente de ellos, de los estudiantes, los vi bajar las escalinatas del colegio, pasar frente a las cariátides de bronce y dirigirse a la Zona del Canal con una bandera que trajeron de vuelta rasgada y que prendió la llamarada de uno de los eventos más históricos y patrióticos del siglo XX.

¿Cómo se edifica una poesía con rasgos nacionales bajo el vasallaje? ¿Cómo hacen los poetas con su libertad si los atan a las estacas coloniales directas?

Desde la resistencia, desde la historia, desde la memoria, recreando las mejores herencias y heroicidades... desde la denuncia... pero siempre cuidando que se hace literatura y no panfletos; que uno hace un texto literario no un manifiesto ni que gritas en medio de una manifestación encolerizada.

Esas páginas son poesía testimonial, como lo es un importante grosor de nuestra poesía histórica.

## Superación colonial

He podido sumar mis versos a las elegías y canciones que otros poetas cantaron antes.

Escribir ha sido experimentar ánimos y obsesiones que van desde la gratitud a la amargura y desde la alegría al luto.

Y también lo fue poder estar allí, en vivo, como lo fue un día en que la multitud entró a tomar posesión del Canal, se cerraron para siempre todas sus bases militares y partieron de esta tierra que fue siempre nuestra.

Pero observemos detenidamente este hecho: Cuando se cumplen los Tratados Torrijos-Carter y se esfuma aquella zona excluyente... la jaula de oro llamada Zona del Canal desaparece... el Canal y sus áreas adyacentes revierten y cuando la tierra se

vuelve a unir, termina una fase histórica y con ello —de alguna manera— se agota un tema poético.

No hay más. La victoria de una nación es un final y a la vez un comienzo de algo distinto. Cambio la naturaleza del país y se inició una ruta abierta, con otros desafíos para los panameños.

A los poetas que concentramos muchísimo esfuerzo creativo en el tema colonial, se les plantea el asunto de hacia dónde y sobre qué seguir la escritura poética. La opción de sólo quedar anclados a la evocación y el pasado es insuficiente, no es una vía. Tampoco lo es el silencio.

Parte de la respuesta me parece la siguiente: es que desde siempre hemos tenido ante nuestros ojos a la nación reverberando. Ella nos rodea y no se agota, siempre está fecundando, dando sus saltos.

Su identidad, su ser y la estela de su destino están presentes en el presente.

Las preguntas siguen vigentes: ¿Quiénes somos ahora después de tanto andar, qué queremos ahora, hacia dónde nos dirigimos, qué hacemos con la conquista de la independencia, cómo armamos la vida o es que nos hemos fragmentado?

Es decir, que las motivaciones poéticas de los «viejos poetas» están aquí y en el porvenir inmediato y en lo que se otea en las lontananzas, en los mundos posibles que no han llegado, pero que anhelamos que nazcan, aunque parezcan utopías.

Postular el país posible y mejor, es un espacio poético abierto, incluyendo el vaticinio, que es esa especie de misterio profético difícilmente descriptible.

Usando otra vez los títulos que sintetizan los contenidos, los poemarios *El mar de los sargazos*, cuya historia discurre inmersa en el fondo de los océanos, y *El país iluminado*, colocado en lo alto de una cordillera, son narraciones poéticas animadas por compartir la posibilidad de que alguna vez tengamos una sociedad sin los abismos de las desigualdades.

Curiosamente, en ese tránsito histórico hay una versatilidad donde el lenguaje poético se acopla, hay algo de metamorfosis, de hibridez de tonos, de diálogos, adopta formas teatrales, recurre a personajes, cuenta y canta en simultáneo.

Los versos escritos han sido y serán los del amor por este territorio que ha sido llamado Panamá —árbol, pez o mariposa— con propiedad y maravilla.

## Cierre

Quisiera, en consecuencia, reiterar una distinción para que no quede implícita en mis palabras. Esa poesía anticolonial responde a una realidad que fue tensa y contradictoria. He hecho énfasis en que esa historia impactó con fuerza a la literatura panameña. Pero ello no significa ni se constituye en la afirmación de que es el único cuerpo poético en nuestras letras.

Poetizar, si bien es un oficio privilegiado, posee la virtud de sus múltiples formas y cercanías. Precisamente, su voz se eleva cuando nos cuenta de vidas, muertes, aspiraciones, sentimientos y también grandes y pequeñas tragedias.

Más que un eco de la vida, puede ser su duplicidad. Ella es como la vida misma. Porque es infinita la creatividad. Infinita, porque es infinito su barro, su cocina, sus circunstancias singulares. Porque es un arte útil.

Y al decir utilidad poética me refiero con precisión a lo siguiente: Cuando pasan no años, sino décadas de contar historias, captar fotogramas y retransmitirlos, hay en ello una especie de sana vanidad: la de poder ser útil. No puede esconderse.

Si bien no tengo todas las respuestas de los demás poetas y sus experiencias particulares con la escritura, sí sospecho que han vivido esos momentos creativos con la misma contradicción a cuestras, la conciencia abrumada y también con el vigor y el impulso para la alabanza al país, pretender que sus poemas recuerden a otros, que no haya olvido y que haya constancia escrita.

Así surge la poesía de utilidad pública, como la definiera y expresara con vehemencia esa altísima y singular voz que es Pablo Neruda.

La utilidad pública de la poesía que se basa en servir a otros, curar heridas, dar aliento y no perder la esperanza. Porque es una canción, una suma sinfónica, compartida, sentida y colectiva.

Porque es indudable su alcance multitudinario, aunque parezca lo contrario, reservada a una minoría insignificante.

Sin esas calidades, la poesía suena pero no canta.

Finalmente, creo que la poesía siempre está germinando en las auroras, en la potente luz de cada amanecer, en la vastedad misma de este mundo porque ella es de este mundo; y acompaña a los seres humanos porque en ellos, en su carne y sangre, nace.

Ayudándonos a vivir.

Muchas gracias